

CAPÍTULO VII

LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN QUITO

1586-1615

SUMARIO: 1. Entran los primeros Padres en Quito en 1586, y progresos de su colegio hasta 1592.—2. Célebre tumulto de las alcabalas en 1593, en el cual los jesuitas procuran sosegar al pueblo.—3. Fundación del seminario de San Luis en 1594 y progresos de los ministerios con los prójimos.—4. Visita del P. Esteban Páez en 1601.—5. Agrégase el colegio de Quito a la nueva viceprovincia en 1605.—6. Vuelve a reunirse a la provincia del Perú en 1609.—7. Ministerios de algunos Padres en tierra de indios y martirio del P. Rafael Ferrer en 1610.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Novi Regni et Quitensis. Epistolae Generalium*.—2. *Novi R. et Q. Historia*.—3. *Peruana. Litterae annuae*.—4. *Novi R. et Q. Litterae annuae*.—5. *Relación del P. Morillo* y otros documentos existentes en el *Archivo de Indias*.—6. *Historia mss. de la provincia del Perú*.

1. Después de la ciudad de Lima, ninguna población de la América meridional había llegado a tanto florecimiento en 1580 como la célebre ciudad de Quito, que, con el tiempo, había de dar principio a la nación que hoy conocemos con el nombre de Ecuador. Muy pronto se tuvo noticia en esta ciudad del celo apostólico que los jesuitas desplegaban en las regiones del Perú, y sabemos que a los pocos años llegaron al Provincial algunos ruegos, para que se estableciera la Compañía en Quito. Repitiéronse, sobre todo, estas súplicas en el provincialato del P. Piñas; pero aunque se deseaba entrar en un centro tan importante, sin embargo, la escasez de sujetos y la inmensa extensión de la provincia del Perú imposibilitaban abarcar la nueva fundación. Cuando en 1585 empezó a ser Provincial el P. Juan de Atienza, como había recibido un refuerzo de 20 misioneros recién llegados de España, creyó que debía tentar fortuna y empezar una fundación en Quito. Así, pues, en la distribución que hizo de los nuevos operarios, resolvió destinar cuatro sujetos a la proyectada fundación.

En 1586 envió por superior de la expedición a su predecesor el P. Baltasar Piñas, y con él los PP. Juan de Hinojosa y Diego González, acompañados de un Hermano coadjutor. Apenas entraron en la

ciudad, fueron a hospedarse en el hospital, y, por de pronto, dispusieron hacer una especie de misión, como lo habían hecho los primeros jesuitas cuando llegaron con el P. Portillo a la capital del Perú (1). Distribuyéronse, pues, los ministerios apostólicos los tres Padres, dándose a predicar a los españoles, ya en las iglesias, ya en las plazas; y uno de ellos, que sabía la lengua de los indios, empezó a predicarles en ella, cosa que atrajo un concurso innumerable de indígenas, pues hasta entonces, según parece, no estaban acostumbrados éstos a oír en Quito sermón alguno predicado en su lengua. En pos de los sermones venía el trabajo de las confesiones, y los oyentes, conmovidos por la predicación, acudían de buen grado a deponer el peso de sus culpas a los pies de los recién llegados jesuitas. Habrían pasado unos treinta días hospedados en el hospital, cuando la Audiencia de Quito determinó, de acuerdo con el Sr. Obispo, concederles la iglesia de Santa Bárbara, para que en ella ejercitasen habitualmente sus ministerios, y también les dió una pequeña casa arrimada a la misma iglesia. Junto con este donativo añadió la Audiencia 4.000 pesos corrientes de los tributos, con los cuales la casa se aderezó y empezaron a vivir, aunque pobremente, los cuatro jesuitas. Los vecinos y gente rica de la ciudad se movieron también a concederles buenas limosnas, y entre otros se señaló, dice la historia anónima del Perú, escrita pocos años después, un caballero llamado Mateo de Arenas, que favoreció cuanto pudo a los Padres, y al morir les dejó la mayor parte de sus haciendas (2).

No habría pasado un año desde que se instalaron en esta casa, cuando hubieron de ejercitar su caridad en una pública desgracia que llenó de consternación a los habitantes de Quito. El 30 de Agosto de 1587 sintióse un violento terremoto que sacudió lam ayor parte de los edificios de la ciudad. Vino de pronto y sin ruido, repitiéronse las sacudidas con cierta periodicidad, y los efectos fueron realmente desastrosos. Cayó por tierra la iglesia de los PP. Dominicos, y todo el convento que allí tenían se estropeó, de suerte que los religiosos hubieron de vivir algún tiempo en toldos que levantaron en los patios. Padecieron mucho las casas e iglesia de los agustinos y merceda-

(1) Estos primeros pormenores de la entrada de los jesuitas en Quito los tomamos de la *Historia manuscrita de la provincia del Perú*, redactada pocos años después, y enviada a Roma en 1601 por el P. Cabredo. Véase el tomo II, pág. 250. Deben consultarse también las cartas anuas del Perú en los años siguientes, pues generalmente dedican un párrafo aparte al colegio de Quito.

(2) *Ibid.*, pág. 252.

rios, que ya estaban establecidos en la ciudad. Ocho indios y una mujer española perecieron en las ruinas, y en otros pueblos cercanos fueron más las muertes de pobrecitos indios, que no supieron preservarse de la calamidad (1). Apenas cesó el movimiento, procuraron nuestros Padres consolar como podían a los afligidos ciudadanos. El P. Juan de Hinojosa, escribiendo pocos días después, el 12 de Setiembre, al P. Provincial, le dice estas palabras: «Salimos luego de la ciudad el P. González y yo con linternas, cada uno por su parte, y rodeamos toda la ciudad. Confesamos y animamos y consolamos al pueblo, que lo había menester, y lo estimaron mucho. Acudió luego mucha gente a nuestra casa, teniendo por cierto que la iglesia y nuestras chozas se habrían caído, y fué Nuestro Señor servido que en toda ella no se halló una hendidura ni recibió lesión alguna, que causó admiración, por ser el edificio flaco y no de mucho fundamento» (2). Según explicaban generalmente, no padeció nuestra casa en este terremoto por la razón de ser muy baja de techo.

Observando el P. Atienza lo bien que correspondía la ciudad de Quito a los trabajos apostólicos de los Padres, y el grandísimo fruto espiritual que se podría lograr en los indios que vivían en los contornos, pues eran ciertamente numerosísimos, determinó reforzar la naciente fundación de Quito, y en el año 1588 envió otros tres Padres y un Hermano coadjutor (3). Con esta ayuda los ministerios espirituales fueron creciendo, y sobre todo se trabajaba mucho en oír confesiones, así de españoles como de indios. También este año se empezó a enseñar gramática y juntamente se industriaba a los jóvenes en la virtud y buena educación cristiana, servicio que estimaban mucho los españoles en las ciudades de Indias, por la escasez que había ordinariamente de centros docentes. Algún tiempo después se añadieron lecciones de filosofía y teología moral con notable fruto y aprovechamiento de los oyentes. Entre los Padres que vinieron esta segunda vez a Quito, empezó a distinguirse por su celo apostólico e incansable actividad el P. Onofre Esteban que ha dejado en nuestras historias la memoria respetable de un verdadero apóstol.

(1) Todos estos pormenores los refiere el P. Hinojosa en una relación del terremoto, que envió al P. Atienza pocos días después, el 12 de Setiembre de 1587, y puede verse en *Novi Regni et Quitensis. Historia*, I, n. 2.

(2) *Ibid.*

(3) *Hist. mss. de la provincia del Perú*, t. II, pág. 254.

Más terrible que el terremoto de 1587 fué otra calamidad que sobrevino a Quito y su comarca en 1589, y fué una general pestilencia que causó notable mortandad entre los indios y los españoles. Calculóse después, que murieron de ella cerca de siete mil personas en Quito y sus alrededores. Dice la historia manuscrita, que la epidemia era de ciertas viruelas ponzoñosas, que convertía todo el cuerpo en una asquerosa llaga. Hinchábase el rostro al paciente y la garganta de manera que morían muchos ahogados. En esta nueva tribulación desplegaron naturalmente los Padres de la Compañía la caridad con que en todas las epidemias públicas solían acudir a los enfermos. No cesaba un punto el P. Onofre Esteban de oír confesiones de moribundos y enfermos de peligro; sobre todo se desvivía en catequizar a los indios y en disponer para el bautismo a los que no estaban bautizados y para una buena confesión a los que ya habían recibido el santo bautismo. En esta pestilencia sucumbió a la enfermedad uno de los primeros Padres que habían entrado en Quito, el P. Juan de Hinojosa, a quien Dios quiso llevar al cielo coronando pronto el fervor con que había trabajado los tres años que vivió en aquella ciudad (1).

A fines de este año 1589 llegaron nuevos Padres a la capital del Ecuador, y entre ellos se distinguió el P. Diego Álvarez de Paz, que fué algún tiempo rector del colegio. Lo primero que se procuró fué buscar otra casa más cómoda que aquella primera pequeñita y ruin que les habían dado junto a la iglesia de Santa Bárbara. Algún trabajo costó, como suele suceder en estos casos, hallar sitio y habitación a propósito. Y según dice la historia manuscrita, hizo más difícil este negocio el doctor Barros, presidente de la Audiencia, que pretendía no fundásemos colegio estable en la ciudad de Quito; pero, gracias a Dios, púdose vencer la resistencia del doctor por la influencia de los principales caballeros de la ciudad que sinceramente apoyaban a los Padres de la Compañía. En 1590 el P. Juan de Frías empezó a enseñar filosofía a una veintena de estudiantes, y después se juntaron estos mismos a oír la teología moral que se empezó a enseñar el año 1594.

2. Con estas vicisitudes nada sorprendentes en los principios de una fundación y con algunas dificultades y penurias continuó el colegio de Quito hasta el año 1592, cuando hubo de intervenir en

(1) *Hist. mss. de la provincia del Perú*, t. II, pág. 255.

aquel suceso estrepitoso, que es conocido en la historia con el nombre del tumulto de las alcabalas. Era entonces rector del colegio de Quito el P. Diego de Torres, a quien ya hemos dado a conocer algún tanto en la historia de la provincia del Perú y que más adelante había de fundar la célebre provincia del Paraguay. Aunque la razón del tumulto y todo lo que en él se hizo pertenece, digámoslo así, al terreno de la política, pero hubieron de intervenir los Nuestros, como en todos los conflictos y calamidades públicas, para sosegar los ánimos y para evitar el derramamiento de sangre. Daremos brevemente una idea a nuestros lectores de este hecho, tomándolo principalmente de la relación escrita luego por el P. Hernando Morillo, de la Compañía, y enviada a Felipe II junto con otras cartas que se conservan en el Archivo de Indias. He aquí apuntados sumariamente los principales pasos de esta célebre agitación (1).

El 24 de Julio de 1592 el Marqués de Cañete, Virrey del Perú, envió á Quito una cédula real, por la cual Su Majestad Felipe II imponía a la ciudad el tributo de las alcabalas, como se había impuesto a otras ciudades de Indias. Anuncióse esto en la población con solemnidad, como solía hacerse con ciertos actos reales, y la Audiencia mandó que se cumpliese lo que disponía Su Majestad en la cédula leída. Al día siguiente de esta promulgación el Ayuntamiento envió a la Audiencia al procurador Alonso Moreno Bellido, pidiendo que se suspendiese la ejecución de la real cédula, por la mucha pobreza que padecía la ciudad, porque la nueva contribución sería verdaderamente una ruina para los ciudadanos. Presentóse Bellido a la Audiencia rodeado de gran tropel de gente y dando a su presentación cierto aire de rebeldía provocativa. Respondió la Audiencia que ella tenía el carácter de mero ejecutor, y que no podía alterar las órdenes recibidas de Su Majestad y mandadas obedecer por el Virrey. Exhortaron, pues, los oidores con buenos modos a la ciudad a que aceptase el tributo de las alcabalas. Repitió otros días el mismo Bellido la súplica, presentándose siempre con gran golpe de gente, la cual profería en presencia de los oidores muchas frases desvergonzadas.

(1) Esta relación, la más extensa y minuciosa que hemos visto de este suceso, se halla en Sevilla, Arch. de Indias, 70-1-33. En el mismo legajo se ven varias cartas del Marqués de Cañete a Felipe II, suministrando varios pormenores sobre el caso. Merece atención la que escribe el 18 de Noviembre 1593, rogando a Su Majestad, que dé entero crédito a lo que referirá el P. Morillo, porque es hombre religioso y desapasionado y testigo ocular de todo lo que sucedió en Quito.

El 17 de Setiembre el P. Provincial de los dominicos fray Jerónimo de Mendoza, habiendo tenido secretamente algunas noticias, avisó a los oidores de que se preparaba un grande motín para rechazar el tributo. Llegaron también otros avisos a la misma Audiencia, la cual empezó desde entonces a vacilar. El 28 de Setiembre creyó que convenía obrar con energía, y así prendió a Bellido, que parecía ser el principal agitador de todo el motín. Apenas se divulgó por la ciudad la prisión, júntanse los alcaldes y regidores y gran número de gente armada y acuden a la Audiencia exigiendo la libertad del preso. Al día siguiente, 29 de Setiembre, cedió la Audiencia a la fuerza y soltó a Bellido. En seguida aparecieron por las esquinas de la ciudad cedulones infamantes, en los cuales, entre otras cosas, se leían estas palabras: «A las alcabalas, balas; a la libertad, lealtad.»

Bien entendió la Audiencia lo crítico de su situación y cuán imposible le sería resistir a tanta muchedumbre de amotinados. El 1.º de Octubre despachó un propio a toda priesa al Virrey del Perú, exponiéndole el estado de las cosas en Quito y pidiendo trescientos hombres de guerra que le parecieron necesarios para hacerse respetar en medio de una ciudad tan alborotada. Por Noviembre de 1592 el Marqués de Cañete despachó a Quito al capitán Pedro de Arana a la cabeza de sesenta soldados, dejando dispuesto que le siguieran algunas fuerzas en los días siguientes. Desembarcó Arana con su gente en Guayaquil, y con todo el secreto posible se llegó a Riobamba. Mas he aquí que el 4 de Diciembre corrió en Quito la noticia de que venía el capitán Arana con gente de guerra. Al instante los alcaldes sacan al público el estandarte real, tocan cajas y llaman a todo el mundo a las armas para resistir al capitán. Al mismo tiempo obligan a la Audiencia a expedir un auto mandando al capitán Arana detenerse. Parte con este auto el oidor Cabezas, uno de los cuatro que formaban la Audiencia, y en su compañía se dirigieron también a Riobamba los superiores de las Ordenes religiosas, para persuadirle con buenos modos que no entrase en Quito. Muy perplejo se vió Arana cuando recibió el auto de la Audiencia y oyó lo que le decían los religiosos. Había sido enviado por orden del Virrey a puros ruegos de la Audiencia, suponía que ésta le estaría esperando impacientemente, y he aquí que recibe de ella la orden de detenerse. Retrocedió un poco y resolvió esperar, y entretanto escribió al Virrey Marqués de Cañete, exponiéndole lo sucedido y pidiendo nuevas instrucciones. El oidor Cabezas volvió a Quito y

habiendo anunciado la detención de Arana se sosegó algún tanto el tumulto. Cuéntase que entonces estaban armados constantemente mil y quinientos hombres, número que parece excesivo atendida la escasa población española que solía haber en las ciudades americanas.

Hasta este punto no sabemos que hubieran intervenido poco ni mucho los jesuitas en este complicado negocio. Debemos suponer que nuestro rector, el P. Diego Torres, sería uno de esos preladados de las religiones (como dice la relación) que salieron con el oidor Cabezas, pero no nos consta otra particularidad de su acción, y sólo sabemos por dichos posteriores, que desde el principio procuraba el P. Diego Torres aplacar suavemente el ánimo de las personas con quien podía entenderse, e inducir las a la obediencia de Su Majestad y a someterse al tributo. Algo revuelto continuó todo el mes de Diciembre, y encendiéndose un poco más el tumulto, porque algunos conjurados, sospechando que aquel Bellido les hacía traición, se volvieron contra él, intentaron matarle una noche, y en efecto, le hirieron malamente de un arcabuzazo. El ruido de esta refriga particular conmovió de nuevo á toda la ciudad. Atribuyeron muchos el atentado contra Bellido al doctor Barros, Presidente de la Audiencia, y al instante los conjurados prendieron al pobre doctor, le metieron en una casa que caía a espaldas de nuestro colegio y allí le tuvieron en rigurosa prisión y con muy mal tratamiento.

Deseando hallar algún acomodo en medio de tanta confusión y aplacar al irritado pueblo, propuso la Audiencia que se unieran todos y que se nombrase capitán de la gente armada al licenciado Carrillo. Todos clamaban viva el Rey, pero este nombre que parecía sagrado entre los españoles del siglo XVI, no bastaba para unir todas las voluntades, y aun sucedía lo que pocos años antes decía Don Juan de Austria de los estados de Flandes: «Todos claman viva el Rey, y con el nombre del Rey, todos hacen lo que quieren.» Volvió á correr la voz que se acercaba el capitán Arana con gente de guerra, y el pueblo en masa se encaminó a la Audiencia y exigió de ella que mandase retroceder al capitán. Forzada la Audiencia por la multitud, expidió, en efecto, una pública provisión mandando al capitán retroceder. Pero al mismo tiempo le envió un recado secreto, hablándole de la situación de la Audiencia y rogándole con vivas instancias que no se retirase. Vino a descubrirse entre el público, no sabemos cómo, esta doblez de los oidores, y el capitán Juan de la Vega, con muchos soldados de la ciudad, prendió a toda la Audiencia y la tuvo cercada algunos días

en las mismas casas reales. Volvióse de nuevo a las componendas, y hablando a buenas la Audiencia con algunas principales personas del pueblo, lograron que el estandarte real y las otras banderas que los alcaldes habían sacado la otra vez al público, volviesen a su sitio, que era las casas reales. Entonces intervino directamente nuestro P. Diego de Torres, y por sus ruegos y persuasiones, fué puesto en libertad el doctor Barros y por unos días hubo cierta tranquilidad.

Pero pronto sobrevino nueva complicación. Cinco soldados canallas amotinaron de nuevo al pueblo, esparciendo la voz consabida de que venía el capitán Arana. Corre la multitud con armas a las casas reales, pide el estandarte real y las banderas para salir al campo a pelear en campaña rasa contra el capitán. La Audiencia, que ya había ganado algunos partidarios, entre la gente mejor del pueblo, rehusó entregar el estandarte, y observando que se preparaba alguna violencia, también ella se puso en la casa, dispuesta a resistir. Iba a darse una verdadera batalla; aquello semejaba una plaza fuerte que se disponía a defenderse contra un asalto enemigo. En estos críticos momentos el señor provisor tuvo la idea feliz de traer desde la catedral el Santísimo Sacramento a la Audiencia. Lo sacó a vista del pueblo por una ventana, lo colocó en ella y rogó a toda la muchedumbre que se abstuviera de la efusión de sangre y entrara en condiciones de paz. A la vista del Santísimo Sacramento, toda la muchedumbre se contuvo. El oidor Cabezas dirigió la palabra al pueblo, y mostrando el deseo del bien común y las buenas disposiciones de que estaban animados todos los oidores, logró hacer entrar en razón a la furiosa multitud. Aplacados algún tanto los ánimos, dispuso el señor provisor que todos, sitiadores y sitiados, se juntasen en procesión y llevasen devotamente el Santísimo a la Iglesia.

Aunque pasó aquel movimiento, nunca renunciaban los amotinados a la idea de alejar de sí al capitán Arana, a quien temían como a un vengador de sus desafueros. Obligaron, pues, a la Audiencia a que le mandase de nuevo retroceder. Dos oidores se encaminaron a Riobamba con los superiores de las Órdenes religiosas, y en público le intimaron el mandato de retirarse, pero en secreto le rogaron otra vez que se detuviese. El capitán dió una respuesta bastante prudente, diciendo que necesitaba recibir órdenes del Virrey del Perú y que allí las esperaba. Con esta contestación volvieron a Quito los oidores y también los religiosos, excepto el prior de los dominicos, nuestro P. Diego de Torres, rector del colegio y el P. Morillo, que era ministro en el mismo. Éstos no cesaban de demostrar la justicia